

Luz de luna

Rachel Hawthorne



Publicado por La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24.
Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid.
Teléfono: 91 870 45 85 Fax: 91 871 72 22
www.lafactoriadeideas.es e-mail: informacion@lafactoriadeideas.es
Derechos exclusivos de la edición en español: © 2010, La Factoría de Ideas

Material promocional, prohibida su venta

© 2009, Jan Nowasky, published by arrangement with HarperCollins *Children's Books*,
a division of HarperCollins Publishers.

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre
nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta
a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial
El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a
informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Prólogo



La luz de la luna nos bañaba; nos bañaba a Lucas y a mí.

Un profundo silencio se extendía por el bosque. Nos rodeaban árboles gigantes, cuyas susurrantes hojas parecían enviarnos advertencias con la cálida brisa de la noche veraniega. Pero él no hizo caso. No nos preocupábamos más que el uno del otro.

Él era mucho más alto que yo, y yo tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos plateados. Eran unos ojos hipnóticos, que hubieran debido de serenar mi galopante corazón, pero que en lugar de eso, lo hacían latir con más fuerza. O quizá fuera la proximidad de sus labios lo que hacía errar a mi caótico pulso.

Él dio un paso hacia mí y yo me eché hacia atrás, pero el tronco de un árbol me impidió alejarme todo lo que hubiera querido. ¿Estaba lista para esto? ¿Estaba preparada para el beso que iba a cambiar mi vida? Sabía que si él me besaba, yo ya no volvería a ser la misma. Ninguno de los dos volvería a ser el mismo; sabía que nuestra relación cambiaría...

Mi mente vaciló ante la enormidad de una palabra tan simple: «cambio». Significaba mucho más para mí en ese momento, en el que por fin comprendía.

De pronto Lucas estaba mucho más cerca. Yo no lo había visto moverse. Simplemente estaba más cerca. Él podía moverse así de deprisa. Las rodillas comenzaron a temblarme, y me alegré de tener un sólido árbol sobre el que apoyarme. Alzó el brazo y descansó el antebrazo contra el tronco, por encima de mi cabeza, como si él también necesitara de algún tipo de apoyo. Y eso lo acercó aún más a

mí. Sentí el calor de su cuerpo al alcanzar el mío. En circunstancias normales, él me habría atraído hacia sí para estrecharme en un reconfortante abrazo, pero aquella noche nada era normal.

Estaba fantástico a la luz de la luna. Realmente guapo. Su abundante cabello liso, que le caía hasta los hombros, era un verdadero popurrí de colores: blanco, negro, plateado y hasta un poco de castaño, para aderezar la composición. Yo sentí la urgente y temeraria necesidad de tocarlo: de tocarlo a él.

Pero sabía que él interpretaría cualquier movimiento por mi parte como una señal: una señal de que estaba lista. Y no lo estaba. Yo no quería lo que él me ofrecía. Al menos aquella noche. Quizá nunca.

¿De qué tenía miedo? Se trataba solo de un beso. Yo había besado a otros chicos; había besado a Lucas.

Así que, ¿por qué me aterrorizaba la idea de que Lucas me besara esa noche? La respuesta era sencilla: yo sabía que ese beso nos uniría para siempre.

Él me retiró delicadamente el pelo de la frente con los dedos. En una ocasión me había dicho que el color de mi pelo le recordaba a un zorro. Todo lo pensaba en términos relacionados con el bosque. Encajaba con él y con su forma de vida solitaria.

¿Por qué tenía tanta paciencia conmigo? ¿Por qué no me presionaba? ¿Es que él también lo sentía? ¿Comprendía hasta qué punto sería trascendental si...?

Él bajó la cabeza. Yo no me moví. Apenas respiré. A pesar de todas mis reservas, lo deseaba. Lo anhelaba. Y aún así, seguí luchando para evitarlo.

Sus labios casi rozaban los míos. Casi.

—Kayla —murmuró él seductoramente, acariciándome la mejilla con el aliento—. Ha llegado el momento.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Sacudí la cabeza, negándome a reconocer la verdad de sus palabras.

—No estoy lista.

Oí un rugido amenazador y gutural en la distancia. Se puso tenso. Yo sabía que él también lo había oído. Se apartó de mí y miró por encima del hombro. Fue entonces cuando los vi: una docena de lobos merodeando impacientes por el perímetro del claro.

Lucas volvió la vista hacia mí. Sus ojos plateados reflejaban decepción.

—Entonces elije a otro, porque no puedes atravesar esto sola.

Se giró, me dio la espalda y comenzó a dar zancadas decididas en dirección a los lobos.

—¡Espera! —le grité yo.

Pero era demasiado tarde.

Él había comenzado a quitarse la ropa y a deshacerse de ella mientras apresuraba el paso. Y de pronto estaba corriendo. Dio un brinco en el aire y...

Para cuando cayó a tierra, era ya un lobo. En el lapso de un segundo había pasado de chico a bestia. Y estaba tan fantástico en su forma de lobo como en su forma humana.

Eché atrás la cabeza y aulló en dirección a la luna, en dirección al astro que presagia el cambio, que otorga el destino. El angustiado sonido reverberó a través de mí, me llamó. Luché por no responder, pero el lado salvaje que reside en lo más profundo de mi ser era demasiado fuerte y estaba decidido a salirse con la suya.

Eché a correr detrás de él...

Resultaba difícil creer que apenas dos semanas antes yo me hubiera estado riendo y burlando ante la mera idea de que pudieran existir en realidad los hombres lobo.

Porque en ese momento yo, Kayla Madison, estaba a punto de convertirme en uno de ellos.



Menos de dos semanas antes...

Miedo. Lo que residía en mi interior era algo que estaba vivo, que respiraba. A veces podía sentir que merodeaba, que luchaba por liberarse. Y en ese instante viajaba conmigo, mientras Lindsey y yo acechábamos entre los densos matorrales del parque nacional, al filo de la medianoche. Pero yo me había convertido en una experta en enmascarar el miedo. No quería que Lindsey pensara que había cometido un error al convencerme para trabajar con ella como guía del parque natural durante el verano. Me figuraba que podía aprender de ella unos cuantos trucos sobre cómo combatir a los demonios interiores. Ella le daba un sentido nuevo a la palabra «aventura».

Pero aun así, ir las dos solas a un lugar en el que había seres salvajes buscando aperitivos sabrosos era una locura. Y peor locura aún no decírselo a nadie. Habíamos guardado silencio porque el mero hecho de abandonar los barracones una vez se apagaban las luces era motivo suficiente de despido. Y después de haber conseguido sobrevivir a una semana de entrenamiento intensivo, yo no estaba dispuesta a que me echaran la noche antes de mi primera misión.

Apreté con fuerza mi arma: una Maglite. Mi padre adoptivo es poli, y me ha enseñado unas cien formas de matar a un hombre con una linterna. Vale, tengo tendencia a exagerar, pero aun así, me ha enseñado unos cuantos movimientos defensivos.

A un lado, donde estaba la mayor espesura de árboles y de arbustos, oí un crujido.

—¡Chss! ¡Espera! ¿Qué ha sido eso? —susurré con voz áspera.

Lindsey exploró los matorrales con la linterna y escrutó la oscuridad de las copas de los árboles. Aquella noche había luna creciente, pero su luz no podía penetrar la espesura de los árboles en el lugar preciso en el que estábamos.

—¿Qué ha sido qué?

Al girar yo mi linterna, el rayo de luz la deslumbró. Ella dio un paso atrás y alzó una mano para protegerse los ojos de tanta luz directa. Su sedoso cabello rubio reflejó la luz y por un momento pareció mágico. Me recordó a una caprichosa hada. Sin embargo, yo sabía que sus delicados rasgos ocultaban una gran fuerza interior. Lindsey había salido en la primera plana de los periódicos locales al salvar a un niño del ataque de un puma. Se había interpuesto entre él y el animal, y había gritado hasta que logró que la bestia se alejara.

—Me ha parecido oír algo —dije yo.

—¿Algo como qué?

—No lo sé.

Miré a mi alrededor. El corazón me latía fuertemente. Me encantaba estar al aire libre, pero esa noche me daba miedo. No podía quitarme de la cabeza la idea de que alguien me observaba o de que estaba viviendo mi propio momento de *El proyecto de la bruja de Blair*.

—¿Algo así como pisadas, quizá? —preguntó Lindsey.

—No, en realidad no. No era el ruido de unas pisadas humanas. Era más bien como si alguien caminara lentamente, solo con calcetines... o como el ruido de patas, quizá.

Inmediatamente Lindsey colocó un brazo por encima de mis estrechos hombros. Ella era un poco más alta que yo, y además tenía los músculos muy duros de tanto montar en bicicleta y escalar rocas. Nos habíamos conocido el verano anterior cuando vine de acampada con mis padres. Lindsey había sido una de nuestras guías o serpas, como solía llamarlas el personal del parque. Enseguida habíamos conectado y nos habíamos hecho amigas, y durante el curso escolar nos habíamos mantenido en contacto.

—No nos sigue nadie —aseguró Lindsey—. Todo el mundo estaba durmiendo cuando nos marchamos de la cabaña.

—¿Y si es algún tipo de depredador?

El miedo que experimentaba no tenía ningún sentido. Pero yo sabía que había oído algo, e intuía que no se trataba de nada bueno. No podía explicar por qué lo sabía: era como un sexto sentido.

La risa de Lindsay resonó por entre los árboles.

—Lo digo en serio. ¿Qué me dices del puma al que ahuyentaste el verano pasado? —pregunté.

—¿Qué pasa con él?

—¿Y si ha venido para vengarse?

—Entonces me comerá a mí, no a ti. A menos que simplemente tenga hambre, en cuyo caso se comerá a la que corra menos de las dos.

Y esa sería yo, pensé. Yo no era exactamente una chica enclenque, pero tampoco era una concursante de *Gladiadores Americanos*.

Respiré hondo y escuché con atención. El bosque estaba misteriosamente silencioso. ¿No se quedaban siempre todos callados cuando el peligro estaba cerca?

—Puede que sea mejor volver.

Estábamos más o menos a kilómetro y medio del campamento situado a la entrada del parque. Lindsey y yo compartíamos una cabañita con Brittany, otra guía. Una vez se apagaban las luces a las once, se suponía que nadie debía abandonar la cabaña.

Lindsey se puso a imitar el ruido de las gallinas:

—¡Cloc, cloc, cloc, cloc!

—Muy graciosa. ¿Y si nos echan? —pregunté yo.

—Solo nos echarán si nos pillan. ¡Vamos!

—Pero ¿qué es exactamente lo que quieres enseñarme?

Lo único que me había dicho era que quería compartir una cosa muy importante conmigo. Eso había bastado para suscitar mi curiosidad, aunque aquello había sido en medio de la seguridad del campamento.

—Escucha, Kayla, si vas a ser una serpa, tienes que ponerte en contacto con la chica aventurera que llevas dentro. Confía en mí. Lo que estoy a punto de enseñarte merece la pena, aunque corras el riesgo de perder este empleo, una pierna o incluso la vida.

—¡Vaya! ¿En serio?

¿Trataba de esquivar mi pregunta? Desde luego, es lo que parecía. Yo miré con suspicacia a mi alrededor.

—¿Tiene algo que ver con un espécimen masculino de nuestra especie? Porque, sinceramente, es la única cosa por la que merece la pena correr el riesgo.

Lindsey suspiró con impaciencia.

—¡Eres un caso perdido! Anda, vamos.

Como no quería quedarme sola, traté de seguir su paso. Por lo que a mí se refería, la precaución nunca estaba de más. Mi padre y mi madre habían sido asesinados en aquel mismo bosque cuando yo tenía cinco años. Y mis padres adoptivos me habían traído al mismo lugar el verano anterior para ayudarme a superar el trauma, aunque probablemente era demasiado tarde como para que la visita sirviera de algo; varios años tarde. Habíamos acampado en el parque durante una semana. Yo me lo había pasado estupendamente, pero no estaba muy segura de que la experiencia hubiera servido para ayudarme a superar mis «cosas».

Sí, se suponía que yo tenía problemas emocionales. Por eso iba a una terapia y malgastaba una hora a la semana con un loquero que se llamaba doctor Brandon, cuyas afirmaciones al estilo Yoda, como, por ejemplo, «Enfrentarte a tus miedos debes», me irritaban, más que ayudarme. En serio, hubiera preferido ir al dentista.

Puede que me estuviera engañando a mí misma al pensar que era lo suficientemente valiente como para enfrentarme a los elementos naturales día tras día. Aunque, ¿de qué tenía miedo, en realidad? A mis padres ni siquiera los había atacado un animal. Les habían disparado dos cazadores que bebían cerveza sin parar, cosa que por cierto es ilegal en el bosque, al confundirlos de la manera más estúpida imaginable con dos lobos.

Y gracias a esos cazadores, mis sueños estaban continuamente abarrotados de lobos que no dejaban de aullar, de modo que me pasaba muchas noches sin descansar y con frecuencia tenía rachas durante las cuales gritaba mientras dormía. De ahí que asistiera a una terapia; para llegar hasta la raíz de las pesadillas. El doctor Brandon tenía la teoría de que se trataba de mi subconsciente, que pretendía explicarse

de algún modo el hecho de que dos idiotas hubieran podido disparar a mis padres para ir después a las autoridades a contarles con la mayor seriedad:

—¡Eran lobos! ¡Se lo juro por Dios, eran lobos! ¡Iban a comerse a esa chiquilla!

La chiquilla, por supuesto, era yo. Para mí, todo lo que había ocurrido durante esa lejana tarde estaba borroso. Todo excepto mis padres, tirados en medio del bosque, muertos.

Dios, ¿cómo podía nadie confundir a dos personas con dos lobos?

Una rama crujió detrás de mí en medio de la maleza. Yo me detuve con la pierna en alto, sin terminar de dar el paso. Se me erizó el pelo de la nuca. Deslicé la mano por el cuello, por debajo de la cortina de pelo rojizo, y me rasqué. Sentí un escalofrío recorrerme entera, se me puso la carne de gallina en los brazos. Tenía la sensación de que si me volvía, vería qué era. Pero, ¿en serio quería enfrentarme a esa cosa?

Lindsey dio un paso torpe y pesado hacia atrás.

—Y ahora, ¿qué pasa?

—Algo nos observa —susurré yo—. Lo noto.

En esa ocasión, Lindsey no resopló. Escrutó su alrededor.

—¿Podría ser un búho, buscando un bocado delicioso, o el aperitivo nocturno que se le escapa?

—Puede, pero creo que es algo más siniestro.

—He crecido al otro lado de la carretera, y he pasado la mayor parte de mi vida en estos bosques. Aquí no hay nada siniestro.

—¿Y el puma?

—Eso fue en lo más profundo del parque. Aquí, prácticamente, estamos en la civilización. Incluso hay zonas en las que hay cobertura para el móvil —contestó Lindsey, que me dio un tirón de la mano—. Cien pasos más y llegamos.

Yo seguí adelante, pero me mantuve alerta. Había algo. Estaba segura. Y no era ni un búho, ni un roedor. No era nada que estuviera en los árboles, ni nada diminuto. Era algo que acechaba a su presa.

Un estremecimiento me sacudió entera. ¿Presa? ¿Por qué había pensado eso? Pero era cierto. Era lo que intuía. Algo observaba y esperaba. Pero ¿observar a quién, exactamente? ¿Y esperar qué?

¿Cuántos pasos quedaban?, ¿cuarenta? Habíamos sido tan idiotas que habíamos salido sin decírselo a nadie. Mis padres me matarían si lo descubrían. Les había prometido ser responsable. Aquella era la primera vez que me separaba de ellos, y mi madre adoptiva me había echado un sermón interminable acerca de que tenía que tener cuidado.

Un poco más adelante me llamó la atención una luz en medio del follaje.

—¿Qué es eso?

—Es lo que quería enseñarte.

Nos internamos entre los árboles y llegamos a un claro iluminado por una hoguera. Antes de que pudiera hacer una sola pregunta, una docena de chicos salieron de detrás de los árboles. Eran los otros serpas.

—¡Sorpresa! —gritaron todos—. ¡Feliz cumpleaños!

Casi se me para el corazón. Me llevé la mano al pecho y me eché a reír. Por suerte, no sonó a risa histérica.

—No es hoy. Hoy no es mi cumpleaños.

—Es mañana, ¿no? —preguntó Connor. Se retiró el pelo rubio rojizo de la frente y mostró los ojos azul oscuro. Alzó una muñeca en la que lucía un reloj con varias esferas—. Dentro de diez segundos, nueve, ocho...

Los demás se unieron a la cuenta atrás. Yo pude verlos a todos claramente, de pie frente a la hoguera. A poca distancia de Connor estaba Rafe, con el pelo negro liso que le llegaba a los hombros y los ojos de un marrón tan oscuro, que casi eran negros. Rafe jamás hablaba mucho. De hecho, me sorprendió que contara.

—¡Siete, seis...!

Brittany, que estaba a su lado, casi parecía su gemela. El pelo negro, más largo que el de Rafe, y los ojos de un azul muy oscuro. Estaba durmiendo cuando Lindsey y yo salimos de la cabaña. O eso fingía hacer, pensé yo entonces. Sí, me la había colado bien. Me lo había tragado. Pero ¿cómo ha hecho para llegar antes que nosotras?, me pregunté.

Había otros serpas: a algunos los conocía, pero no había conectado realmente con ellos. Aun así, el hecho de que se hubieran presentado allí esa noche, de esa forma tan especial, significaba mucho para mí.

—¡Cinco, cuatro...!

En el colegio siempre me había sentido como si fuera una extraña. Yo era la chica que había perdido a sus padres. La adoptada. La chica que en realidad no era de allí. Jack y Terri Asher, mis padres adoptivos, me habían acogido en su casa. No eran malos padrastros ni nada de eso, pero no siempre me comprendían. Aunque claro, ¿acaso algún padre comprende por completo a sus hijos?

—¡Tres, dos, uno! ¡Feliz cumpleaños!

Connor dio la vuelta a la hoguera y se agachó. Una llama se avivó. Entonces un cohete salió disparado hacia el cielo y explotó, iluminándolo todo de rojo, blanco, azul y verde.

Yo estaba convencida de que era ilegal encender fuegos artificiales en un parque nacional. Pero estaba demasiado contenta como para preocuparme por eso. Además, ese verano me sentía por completo liberada del control de mis padres. Quería cruzar por fin los límites de la buena conducta.

—¡No puedo creer que os hayáis acordado!

Estaba emocionada. Ni siquiera mis amigos de casa me habían hecho jamás una fiesta sorpresa de cumpleaños. A mí nunca me había importado, porque mis padres biológicos habían muerto el día de mi cumpleaños, de modo que ese día siempre se me mezclaban mucho los sentimientos.

—Los cumpleaños son importantes —dijo Lindsey—. Sobre todo este. Cumple diecisiete. ¡Los increíbles diecisiete!

Brittany me tendió una fuente con diecisiete pastelitos comprados, cada uno con una vela encendida que proporcionaba un halo de luz amarilla.

—¡Me encantan los pastelitos! —exclamé yo—. Sobre todo los que venden hechos, que son todos diferentes y vienen rellenos de crema.

—Pide un deseo y sopla.

Yo aspiré profundamente y me incliné hacia delante, y fue entonces cuando lo vi.

Lucas Wilde.

Estaba apoyado sobre un árbol, con los brazos cruzados sobre el ancho pecho, y medio oculto entre las sombras; era casi como si no

quisiera que nadie lo viera. Pero su aspecto era tan imponente que me sorprendió haber tardado tanto en verlo. Sus ojos, de un color plateado, relucían en la oscuridad. Como siempre, me observaba atentamente.

Lucas me daba miedo. Vale, eso no era del todo cierto. Era lo que sentía por él lo que me daba miedo. Porque era una atracción que yo no acababa de comprender. En otras ocasiones me habían gustado otros chicos, pero lo que sentía por él iba mucho más allá. Era tan fuerte que me resultaba casi abrumador, y un poco violento, porque era evidente que él no sentía lo mismo por mí. En todo caso, él tendía a evitar todo contacto directo conmigo. Yo trataba de mantener ocultos mis sentimientos, pero estoy segura de que salían a la luz cada vez que lo miraba, y de que él podía ver en mis ojos lo que tan trabajosamente trataba yo de mantener bajo control.

Su proximidad hizo que mi corazón echara a galopar y que la boca se me quedara seca. Deseaba peinar con los dedos aquellos largos mechones de cabello de tantos colores. Nada más conocerlo, había pensado que esa variedad de tonos tan poco frecuente sería de bote. Yo jamás había visto nada igual. Pero, la verdad, tampoco jamás había conocido a nadie como él. Era una persona terriblemente seria. Había sido uno de nuestros guías durante el verano anterior, pero apenas me había dirigido la palabra. Aun así, a menudo lo había pillado mirándome. Era como si estuviera esperando...

—Sopla las velas, vamos —dijo Connor.

Sus palabras me devolvieron al presente. Pedí un deseo sin pensar y soplé con fuerza sobre las titubeantes llamas una sola vez.

—Aquí tienes —dijo Brittany, tendiéndome un pastel—. Siento que no haya podido ser una tarta de cumpleaños de verdad, pero esto es más fácil de servir en medio del bosque.

—¡Pero si es fantástico! —dije yo, radiante de alegría y agradecida por la distracción—. No esperaba nada en absoluto.

—Es que a nosotros nos encantan las sorpresas —dijo Lindsey—. Aunque, chicos, lamento deciros que deberíais de haber tenido más cuidado al venir aquí. Os ha oído. Casi lo echáis todo a perder.

Yo le di un codazo en broma en el brazo a Lindsey y pregunté:

—¿Crees que era eso lo que he oído?

Me sentí muy aliviada, pero, al mismo tiempo, no me pareció que la explicación encajara.

—Pues claro. Tenían que estar todos en la cama cuando tú y yo nos marchábamos para que no sospecharas nada, pero también tenían que darse prisa en llegar para preparar las cosas con antelación. Y todo en absoluto silencio.

—Pero lo que yo oí provenía de detrás de nosotras, y fue justo antes de llegar aquí.

—¿Algo como qué? —preguntó Lucas, que se separó del árbol.

Su voz grave me produjo un estremecimiento de placer. No era más que una voz, y sin embargo me afectó hasta un nivel que yo jamás había experimentado con nadie más. Esos sentimientos tan absurdos me hacían sentirme insegura. Yo no era el tipo de chica que solía atraer a tipos tan misteriosamente guapos como Lucas. El hecho de que él me prestara atención me puso nerviosa, así que de pronto me sentí como una tonta por sentir cosas así.

—Bueno, estoy segura de que no era nada.

—Y entonces, ¿por qué lo mencionas?

—Yo no lo he mencionado. Ha sido Lindsey.

Yo sabía que cualquier chica normal habría hecho cualquier cosa para conseguir que él le prestara atención. Pero entonces, ¿por qué yo me ponía nerviosa?, ¿por qué parecía como si mi habilidad para entablar una conversación se esfumara cada vez que aparecía él?

—Tranquilo, Lucas —dijo Connor—. Lo más seguro es que hayamos sido nosotros. Ya sabes cómo son estas cosas. Precisamente cuando intentas no hacer ruido, es justo cuando más ruido haces.

Pero Lucas seguía con la vista fija en la dirección de la que habíamos llegado Lindsey y yo. De no haberlo conocido mejor, habría creído que estaba olfateando el aire. Abría las aletas de la nariz y expandía el pecho cada vez que inhalaba.

—Puede que sea mejor que vaya a echar un vistazo por ahí para estar seguros.

Yo sabía que Lucas tenía diecinueve años, pero parecía mayor. Quizá porque era serpa sénior. Estaba a cargo de todo nuestro grupo. Si alguien tenía un problema, era a él a quien tenía que acudir. Aunque yo, probablemente, dejaría que un oso me devorara antes que pedirle ayuda

a Lucas. Sospechaba que él solo respetaba a aquellos que resolvían sus problemas por su cuenta. No sabía si se equivocaba en eso o no, pero sentía la absurda necesidad de ponerme a prueba ante él.

—Ahora te estás poniendo tan paranoico como Kayla —dijo Lindsey—. Siéntate y cómete un pastel.

Pero Lucas no se movió. Mantuvo la vista fija en la misma dirección. Era extraño, pero yo sabía que si algo nos había seguido, fuera lo que fuera, Lucas nos protegería. Sencillamente, él transmitía esa sensación. Y esa era probablemente la razón por la que, a pesar de ser tan joven, tenía esa autoridad y esa responsabilidad. Me resultaba tan llamativo ahí de pie que no quería apartar la vista de él. Pero tampoco quería dar la impresión de ser una niña enamorada.

Había troncos esparcidos alrededor de la hoguera. Me senté sobre uno de ellos y miré por encima del fuego hacia Lucas. Era alto y estaba en forma. Llevaba una camiseta muy ajustada, como si fuera una segunda piel, que le dibujaba los músculos. Sentí el irreprimible deseo de acariciar con las manos esos brazos de granito y esos hombros. ¡Patético! Era patético. Él jamás me había dado ninguna razón para pensar que tenía el más mínimo interés por mí.

—Bueno, y, ¿qué te han regalado tus padres por tu cumpleaños? —me preguntó Brittany.

La pregunta atrajo de nuevo mi atención sobre todo el resto del grupo.

No parecía que nadie se hubiera dado cuenta de a quién había estado yo observando. Y menos aún Lucas. Él siempre parecía estar tan alerta, tan atento a todo, que me sorprendía que no se hubiera dado cuenta de cómo lo examinaba yo. Por otra parte, sin embargo, era un alivio que él no me prestara apenas atención. No había nada tan violento como una obsesión no correspondida.

—Un verano lejos de ellos —contesté yo con una sonrisa.

—Pues a mí no me parecieron tan malos el verano pasado cuando los conocí —dijo Lindsey.

—Y no lo son —admití yo. Quité la vela de mi pastel y la arrojé al fuego—. En realidad son bastante majos.

Pero no son mis padres reales. Me reproché el pensamiento en cuanto fui consciente de él. Sí eran mis padres de verdad, solo que no

eran mis padres auténticos, de nacimiento. Puede que lo que hubiera estado sintiendo durante todo el camino fuera la llamada de los fantasmas de mis padres biológicos. ¿A que sonaba tonta la explicación? Yo jamás había creído en nada paranormal ni sobrenatural.

—Bueno, venga, ¿qué te han regalado? —insistió Brittany.

—Todo el equipo necesario para pasar el verano en plena naturaleza.

—¿Y no te han regalado un coche? —siguió preguntando Brittany.

—No.

—¡Pues vaya!

—¿Y eso qué importa? —intervino Connor—. Los coches están prohibidos en el parque.

Brittany lo miró de reojo, pero finalmente se encogió de hombros y comentó:

—Sí, es verdad.

Había algo en su expresión que yo no supe interpretar, pero que me hizo preguntarme si Connor le caía bien.

—¿Hay alguien más que opine que ese grupo al que vamos a sacar mañana es un poco raro? —preguntó entonces Rafe.

Aquella tarde, durante unos breves momentos, habíamos conocido al profesor Keane, a su hijo y a unos cuantos de los antiguos estudiantes del profesor. Íbamos a guiarlos hasta un punto concreto del bosque. Los dejaríamos allí solos durante un par de semanas y después volveríamos a buscarlos. El profesor había comentado algo acerca de que esperaban ver a unos cuantos lobos.

—¿Raritos en qué sentido? —pregunté yo.

—El profesor Keane es antropólogo —dijo Rafe—. ¿Por qué quiere estudiar a los lobos?

Continúa en *Luz de luna*